

ARSENIO LUPIN

LIONEL

BARRIMORE

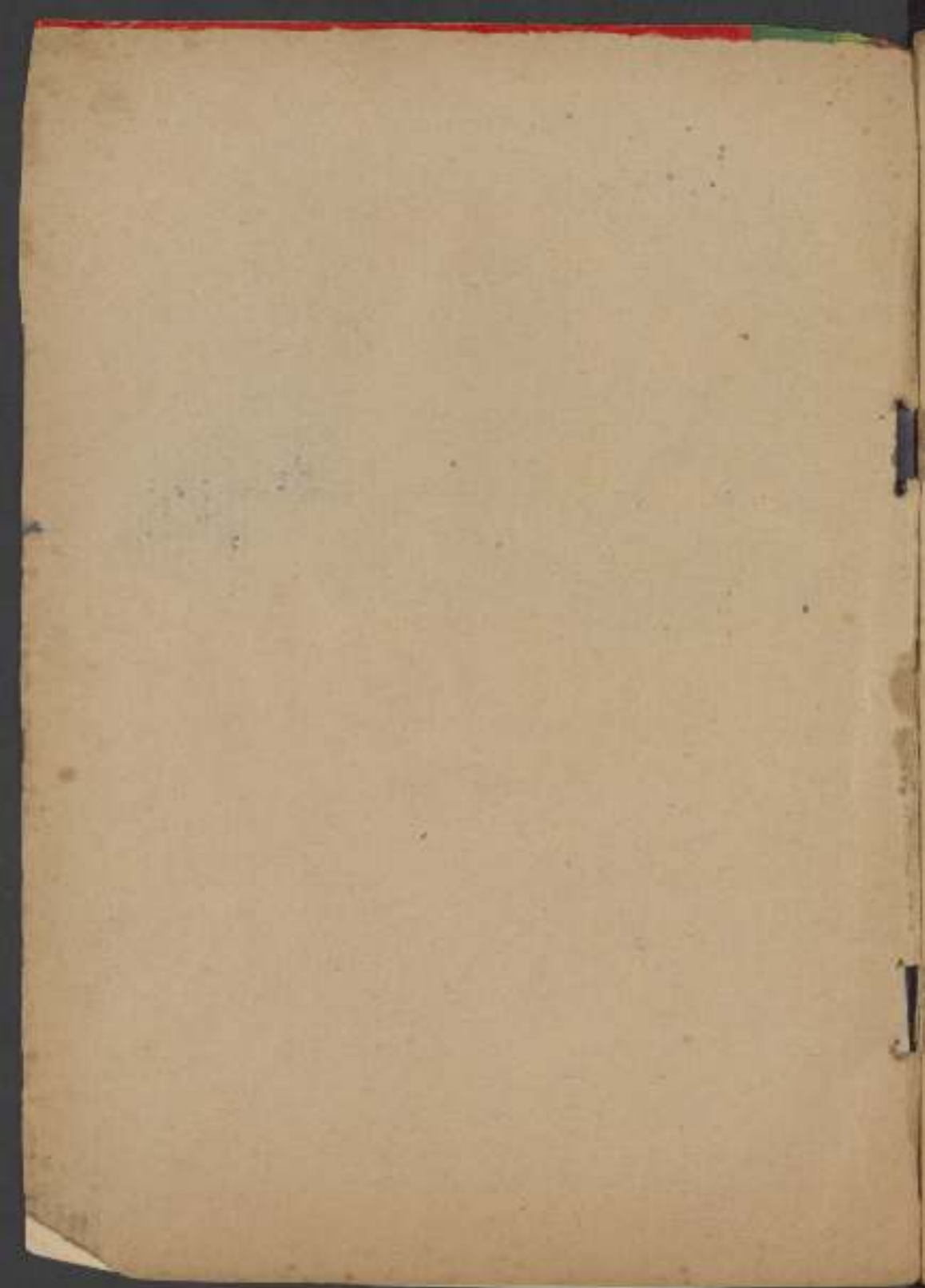
JOHN
KAREN

BARRIMORE

MORLEY



Los dos Barrymore, Lionel
y John, en «Arsenio Lupin»



ARSENE LUPIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaaje de la Paz, 10 bis - Tel. 16551 - BARCELONA

ARSENE LUPIN

Magnifico e intrigante asunto basado en la famosa obra de
MAURICE LE BLANC y FRANCIS DE CROISSET

Dirigido por
JACK CONWAY

Es un film Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBERICA, S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

John Barrymore
Lionel Barrymore
Karen Morley

Arsène Lupin

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

A fuerza de sacudir la cabeza logró que la mordaza le cayera al cuello. Después, revolcándose, consiguió llegar hasta la mesita del teléfono. Aunque estaba atado de pies y manos, le fué fácil volcar el teléfono y hacer caer el transmisor, empujando con los pies la frágil mesita.

Acercó la boca al conducto de

transmisión y dijo escuetamente, en son de alarma:

—¡Aquí un criado de Gournay Martin! ¡Pronto! Están robando en la casa.

Aplicó el oído al auricular y percibió esta pregunta:

—¿Cómo es?

—Es alto. Cojea. Dirección, Avenida de Víctor Hugo, 524.

El prefecto de policía escribió rápidamente en una hoja de papel:

"Están robando en la casa de Gourney Martin, Avenida de Victor Hugo, 524. Indicios, Arsène Lupin".

Entregó el papel a su secretario.

—Transmita a todas las comisarías la noticia. Si es necesario, que se empleen las ametralladoras.

Guerchard, el detective, fué uno de los que primero recibieron la noticia. Al oír el nombre de Arsène Lupin, se levantó de un salto.

—¡Pronto!—dijo a su ayudante. —Esta vez no se me escapará eso sinvergüenza.

Inmediatamente, un auto partía en dirección a la casa de Gourney Martin, llevando en su interior a Guerchard y a su ayudante.

Por el camino se encontraron con las motos de la policía. El auto de Guerchard las adelantó.

En el interior de la casa, un hombre cuyas dos señas más características coincidían con las transmitidas por el criado, esperó a que la policía entrara por la puerta para salir por una ventana y huir velozmente en un auto.

El ruido del motor hizo exclamar a Guerchard:

—¡Se nos ha escapado!

Salieron apresuradamente, persiguieron al auto y lograron darle alcance.

El vehículo del fugitivo se había parado a un lado de la carretera.

Guerchard se apeó de su auto con tanta ligereza como su pie cojo le permitía y se acercó ávidamente al coche perseguido.

En el baqué no había chofer ni persona alguna. En su interior, un caballero atado y amordazado.

Vestía el ocupante del coche elegantemente, de etiqueta, y se mostraba sereno a pesar de su extraña situación.

Guerchard le dirigió una sonrisa burlona.

—¿Qué hace usted ahí?

—Esperando que un alma caritativa me desate.

—¿Y quién le ha atado?

—No sé. Unos canallas que son amigos de lo ajeno.

—¿Y eso le extraña, Arsène Lupin?—inquirió el detective mirándole con sorna.

El caballero se echó a reír.

—¿Arsène Lupin yo? Usted está loco. Soy el duque de Charmance.

—Y yo la reina de Rumanía.

—Bien, majestad. Pues usted dirá en qué puedo servirle.

Guerchard ordenó que lo desataran y después le obligó a tomar el volante.

—¿Adónde? —inquirió el caballero amablemente.

—Adonde estaba usted hace unos momentos.

—En la ópera. Pero el teatro está ya cerrado.

—Es que ahora va a cruzar otra función.

Y, por orden de Guerchard, el auto se dirigió a la casa de Gourney Martin.

Hizo bajar al ocupante del coche, ordenó a un agente que buscara huellas digitales en la ventana que el ladrón había utilizado para huir y preguntó al policía que se había quedado custodiando la casa:

—¿Dónde está Gourney Martin?

—No ha regresado todavía.

—Perfectamente. Esperaremos.

Transcurrieron unos momentos, durante los que el detenido daba muestras de aburrirse soberanamente.

Guerchard se dirigió a la ventana por donde el ladrón había huido.

En la parte exterior, desde el jardín, el agente especializado en la busca de huellas seguía trabajando.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Unas pisadas.

—Vaya a revelarlas en seguida.

Se fué el agente en una de las motos y Guerchard volvió al lado del detenido. Llamó al criado que había transmitido la demanda de auxilio a la jefatura de policía.

—¿Usted ha visto al ladrón?

—Sólo un momento, pero le vi.

El presunto asaltante permanecía erguido y sereno, a pesar de las esposas que Guerchard, para mayor seguridad, había mandado ponerle.

—¿Es éste? —preguntó el detective al criado.

—No sea usted ridículo —exclamó el aludido—. ¿No le he dicho que soy el duque de Charmerace?

—Usted se calla. Eso ya lo averiguaré yo.

Y añadió volviéndose al criado:

—Diga usted. ¿Es éste el ladrón?

—No, señor —contestó el fámulo después de mirar al caballero detenidamente—. El ladrón parecía más alto y cojeaba.

El *gentleman* sonrió.

—Acuérdese bien de eso, *Sherlock Holmes*: el ladrón cojeaba.

—Está usted muy contento, *Arsène Lupin*, pero voy a recordarle un refrán: "Quien ría el último reirá mejor".

—No me gustan los refranes.

—Entonces le hablaré sin refranear. Oígame, *Arsène Lupin*: hace muchos años que vengo soportando sus burlas. Pero esta noche ha terminado usted de burlarse de mí ni de nadie.

Rió con sarcasmo.

—¿De modo que es usted el duque de *Charmerace*? ¿De modo que cuando lo hemos cogido regresaba usted de la ópera? Como veo que es usted aficionado al teatro, le reservo una función, una función que se titulará: "Veinte años de trabajo forzados".

El caballero tuvo un gesto de hastío.

—No sea usted imbécil y quite-me las esposas.

Y *Guerchard*, irónico:

—Le complaceré con mucho gusto... cuando esté usted encerrado.

—Está bien. Después no me eche a mí las culpas de lo que pueda suceder.

—No, las culpas de lo que va a suceder son de usted solo.

Y *Guerchard*, cuyo buen humor estaba excitado por el éxito, se echó a reír una vez más.

Pero la risa se le heló en los labios al ver entrar a *Gourney Martin*, el dueño de la casa, y oírle exclamar mirando al detenido:

—Pero ¿qué ha pasado, *Charmerace*?

—Pregúnteselo usted a este desdichado—repuso señalando con la cabeza al detective.

Guerchard estaba estupefacto.

—¿*Charmerace*?—inquirió mirando con ojos desorbitados a *Gourney Martin*—. Pero ¿es realmente el duque de *Charmerace*?

—¿No se lo dije, imbécil?—exclamó el detenido con arrogancia.

—Le respondo de que es el duque de *Charmerace*—afirmó el dueño de la casa.

Guerchard se rascó la nuca con un gesto que no era del todo elegante, pero sí adecuado al momento.

Habría apostado cualquier cosa a que aquel elegante caballero era *Arsène Lupin*. Pero ¿qué podía hacer contra la afirmación rotunda de *Gourney Martin*? ¿No era evi-

dente que en la comisaría darían crédito a las palabras del dueño de la casa robada y más teniendo en cuenta que él, Guerchard, no poseía prueba ninguna de que aquel hombre fuera Arsène Lupin?

Tuvo que hacer de tripas corazón y mandó quitar las esposas al detenido, el cual dijo con sorna:

—Soy el duque de Charmerace, *no lo olvide usted, y no cojea.*

—Mil perdones.

Y Guerchard hizo una genuflexión digna del siglo XVIII.

—No me diga nada—replicó secamente el duque—. Sé de memoria lo que iba usted a decirme: que cumple con su deber. Eso será un consuelo para usted, pero no para mí.

—Lo gracioso es—exclamó Gourney Martin—que no me han robado nada. Tengo las joyas y todas las cosas de valor en mi casa de campo. Un sitio excelente para

guardarlos. ¿Quién se va a figurar que están allí?

—Sin embargo, después de lo ocurrido—recomendó el detective,—lo que debe usted hacer es marcharse a su casa de campo a vigilar sus joyas... Y llévase a alguna persona de su completa confianza. Por ejemplo, el duque de Charmerace.

La fina ironía que encerraban estas palabras no pasó inadvertida al duque de Charmerace, el cual exclamó:

—Me sería imposible acompañarlo porque mañana doy un baile. Mis invitados podrían disgustarse si les dejara.

Y añadió volviéndole la ironía:

—Además, el indicado para acompañarle es usted. Es decir, si no está ocupado.

—¿Mañana? Creo que, en efecto, estaré muy ocupado.

Y cambiaron una sonrisa de despedida.

II

En el laboratorio de la jefatura, Guerchard examinaba los datos de Arsène Lupin.

—Peso: unos 86 kilos.

Estatura: de 1,76 metros a 1,79 metros.

Zapatos anchos, número 42.

Impresión honda del pie derecho, prueba de que cojea.

En el tacón de este pie lleva cinco clavos”.

—Gracias — dijo Guerchard al agente que le había entregado el informe. — ¿Me hace el favor del molde de la huella?

Fué por él el agente. Era un molde de barro que reproducía exactamente la impresión hallada por el policía en el jardín de la

casa que Arsène Lupin había intentado robar.

—Esta vez no se escapará— exclamó el detective—. Lo pescaré si Dios quiere. Tengo preciosos datos. La estatura, la huella de su pie, cinco clavos en el tacón, cojea.

—Tenga en cuenta que hay muchos cojes en París.

Guerchard se dió cuenta de que aquello podía ser una alusión a su cojera.

Y quedó pensativo. El gastaba el número 42, él era cojo del pie derecho y lo aplicó al molde de barro. ¡Exacto! El agente había tomado la impresión de su pie.

* * *

El prefecto de policía llamó a Guerchard.

—Esto no se puede tolerar. Ese Arsène Lupin está poniendo en ridículo a la policía y es preciso que usted lo detenga.

—Falta es mi intención, jefe.

—Pero con la intención no basta en este caso. Hay que detener a ese camalla que no sólo hurta la ley sino que se mofa de ella.

—Tranquílícese, jefe. Esta vez tengo una pista infalible.

—¿De veras?

—De veras. Sé que anda detrás del famoso collar de esmeraldas de Gourney Martin. Y como este collar está en la casa de campo de su dueño, allí pescaré a Arsène Lupin, porque allí irá, atraído por la joya.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Más vale así.

En este momento, entregaron al prefecto una carta.

Rasgó el sobre, desdobló el pliego y Guerchard le vió hacer un gesto de asombro.

Después entregó la carta a Guerchar y éste leyó:

"Hágame el favor de decir al gran señor Guerchard que mañana por la noche tendré el gusto de ir al baile del duque de Charmerac y me llevaré lo que me plazca.

Arsène Lupin."

Guerchard torció la boca en un gesto de rabia.

—¿Qué le parece? —inquirió el prefecto.

—¿Qué quiere usted que me pa-

rezca? Ese hombre, además de ladrón, es imbécil.

—Si es imbécil, ¿cómo le cuesta a usted tanto capturarlo?

—Sin duda tiene suerte.

—No acepto esa disculpa. Todo el país está pidiendo la captura de Arsène Lupin. ¿Por qué no lo ha capturado ya? Responda.

—Le aseguro que lo prenderé.

—Perfectamente. En el plazo de una semana quiero verlo preso. ¿Oye usted? Tiene una semana de tiempo. Prende usted a muchos malhechores, pero cuando se trata de Arsène Lupin se convierte usted en un inútil.

Y añadió amenazadoramente:

—Si en el plazo de una semana

no me lo entrega usted, le aseguro que le costará caro.

Guerchard se lamentó:

—¡Y que después de tantos años tenga que oír uno esto!

—Usted tiene la culpa.

—Dentro de un mes hará veinticinco años que estoy en el servicio. Pensaba pedir la jubilación y retirarme a descansar con mi hija.

—Entrégume a Lupin y podrá usted hacerlo.

—¿Y si no se lo entrego?

—Entonces se irá usted a descansar, pero sin jubilación.

Guerchard tuvo un gesto heroico y arrogante.

—Le aseguro que detendré a Arsène Lupin.

111

La fiesta estaba en su apogeo cuando se presentaron dos visitantes con aspecto inconfundible de usureros.

Preguntaron por el duque y dieron sus nombres.

En seguida apareció Charmerace. Lo primero que hizo al encontrarse frente a los visitantes fué cerrar las puertas del saloncito en que se hallaban. Después, sin perder un átomo de su habitual serenidad, habló con ellos.

—¿Qué se les ofrece a hora tan intempestiva?

—Es muy sencillo—repuso uno de los visitantes—. Venimos a tomar posesión de la casa y de todos sus bienes.

—¡Pero, hombre! ¿A quién se le

ocurre? Eso se hace de día. Esperen a mañana.

Los acreedores se miraron.

—Comprendan ustedes que no me voy a quedar desnudo ante la gente. No voy a decir a mis invitados que se vayan, que van a embargarme la casa.

—Hay una solución.

—¿Cuál?

—Que nos pague usted.

—¿De veras creen que esa solución es posible?

—Se trata tan sólo de medio millón.

—Ni aunque se tratara de medio franco podría pagar ahora a ustedes.

—Pues no nos vamos de aquí sin el dinero o sin los bienes.

Charmerace quedó pensativo.

—Hay una solución. Quédense ustedes aquí hasta que les pague. Considérense invitados míos.

—No podemos quedarnos vestidos de este modo.

—¿Por qué no? ¡Están ustedes elegantísimos! ¡Tienen ustedes un sastre magnífico!

La adulación no convenció a los acreedores.

Entonces Charmerace recurrió a argumentos más convincentes.

—¡Quédense a cenar! Mi cocinero ha preparado una cena espléndida. ¡Tiene unas manos!

Esto era más tentador para aquellos usureros que no se gastarían más de un franco en cada comida.

—Bueno, daremos un bocadito.

—¡Claro, hombre, claro! — ex-

clamó Charmerace—. Y después se quedan ustedes a dormir. Ya diré a los criados que les preparen una buena habitación.

Una vez los hubo convencido, el duque volvió a reunirse con sus invitados.

Los acreedores se asomaron a la puerta del salón.

—¡Magnífica fiesta! — exclamó uno de ellos deslumbrado por tanto lujo.

—Lo que es verdaderamente magnífico—repuso el otro pensando en que todo aquello iba a pasar a su poder—es el decorado de la casa.

Y, a grandes rasgos, comenzaron a tasar cuanto veían desde el saloncito donde se hallaban.

* * *

En aquel momento entraron en la casa Guérhard y su ayudante.

—Está todo preparado?—inquirió aquél.

—Sí, jefe. La casa está cercada y tomados todos los huecos por donde pueda salir una persona.

—Perfectamente.

Al mismo tiempo, y por primera vez en aquel día, entraba el duque en su habitación.

Se quedó como el que ve visiones al advertir que su lecho no estaba vacío. Sobre la almohada des-

cansaba una cabecita rubia, de cabellos abundantes, suaves y alborotados.

De pronto, al ver la joven al duque, lanzó un grito y subió el embozo de la cama hasta sus hombros.

—¡Por favor, váyase! — suplicó con una vozecita gimiente y encantadora.

Y, al mismo tiempo, fijaba sus grandes y asustados ojos en el inesperado visitante.

—Estoy dispuesto a complacerla —repuso Charmerace amablemente—. Pero antes permítame usted una pregunta: ¿Le gusta mi cama?

—Perdóneme. Pero tenía tanto frío...

—En efecto, hace mucho *frío* en esta hermosa noche de mayo. Sin embargo, París tiene fama de ser delicioso en primavera.

—Prefiero mi tierra.

—¿Cuál es?

—Rusia.

—¡Oh, hermoso país!

—¿Lo conoce usted?

—No, pero todo lo de Rusia me encanta. El caviar, por ejemplo.

Y añadió sonriente, irónico:

—Supongo que su papá será un general.

—Está usted equivocado.

—Pero vamos por partes: ¿le gusta a usted el caviar?

—Con tostadas, para el desayuno, sí.

Se había sentado el duque en el borde del lecho y había pronunciado estas palabras en tono insinuante.

Ella se sentó de un salto, cuidando de mantener el embozo a la altura de su cuello.

—¿Se propasa usted, señor duque?

—Y usted, que me ha quitado la cama?

—Le aseguro a usted que estoy arrepentida.

—Y yo de haberla disgustado.

Ella había vuelto la cabeza con un gesto de enfado y el momento fué aprovechado por Charmerace para mirar la descubierta espalda de la bella joven.

Tan descubierta estaba, que después de recrearse en la contemplación de ella, no pudo menos de exclamar:

—Me parece que ha perdido usted el camisón.

Ella dió un salto y recostó la espalda en la almohada.

El duque de Charmerace reía.

—Eso debe ser una costumbre rusa ¿verdad?

No contestó la joven. En su semblante se reflejaba la contrariedad.

—Pero, a todo esto, no sé quién es usted ni por qué está aquí—declaró Charmerace—. Vamos a ver. ¿Es usted la Cenicienta de las estepas? ¿Acaso la estrella de la revista rusa?

Y como ella seguía callando, el duque, siempre sonriente, exclamó:

—Ya sé a qué ha venido usted aquí. Usted ha venido a ayudar a detener a Arsène Lupin.

Esta vez la dama replicó:

—¿Qué disparate!

—Sin duda no he acertado. No hay más que ver su cara para comprenderlo. Pero, dígame. ¿Su nombre?

—Sonia.

—Muy lindo.

—Ahora dígame otra cosa. ¿Por qué está aquí?

—Estaba abajo, en la fiesta. Se me ha roto el vestido y se me ha ocurrido refugiarme aquí. Como tenía frío me he acostado. Si tiene usted miedo de que los invitados le estropeen los muebles, lo mejor es que no dé bailes.

—Acaso tenga usted razón. Pero

veamos. Usted dice que el vestido se le ha roto y el vestido está aquí.

Lo descolgó de la percha. Lo examinó.

—En efecto, un pequeño desgarrón, pero no se ve. Lleve usted cuidado con los caballeros que montan a caballo y llevan espuelas.

Mantuvo el vestido por los hombros, mirándolo de arriba abajo.

—Es muy bonito, pero algo atrevido. No me explico cómo su papá, el general, le permite vestir así.

Y la invitó:

—Póngaselo usted. Tendrá en mí un buen ayudante. Para eso de abrochar botones a la derecha me pinto solo.

Ella protestó:

—¡No me moveré hasta que se vaya!

—Entonces—repuso el duque con lógica aplastante—el vestido no le sirve de nada.

Y se dirigió a la ventana para arrojarlo a la calle.

Sonia suplicó desesperadamente:

—¿Espere!

Esperó el duque.

—Pero ya sabe usted que tiene dos caminos: o ponérselo ahora mismo o quedarse sin él.

—Buena, me lo pondré, ¡qué re-

medio! Pero, al menos, haga usted el favor de apagar las luces.

—Concedido.

Y el duque de Charmerace rodó la llave de la luz y la habitación quedó sumida en tinieblas.

IV

Mientras Sonia se vestía y el duque de Charmerace la ayudaba, se entabló entre ellos un diálogo susurrante, muy adecuado al misterio que la sombra había desparado por la habitación.

Las palabras de Charmerace eran dulces e insinuantes. Ella reía. Estalló un beso en la sombra y Sonia no protestó.

Entonces el duque murmuró unas palabras en voz tan baja que no se percibieron. Sin duda habían sido pronunciadas al oído de Sonia y sólo para ella.

Otro beso.

Entonces propuso Sonia:

—Sería una buena idea que nos fuésemos a bailar.

—Después.

—No, ahora.

—Puesto que insiste... Pero no será tan interesante.

Bajaron al salón.

—Deseo conocer al famoso Gourney Martin—declaró ella.

—Se lo presentaré. Es muy amigo mío.

—¿Le conoce bien?

—Intimamente.

Fueron en busca de Gourney Martin y el duque hizo las presentaciones.

El dueño del famoso collar que-

dó encantado al ver y oír a Sonia.

Bailaron, Charlaron.

—No sabía que Charmerace tuviese una amiga tan encantadora.

—Ni yo que fuera amigo suyo un caballero tan galante.

—Charmerace es un excelente amigo. ¿Le conoce usted desde hace mucho tiempo?

—No mucho, pero bastante—repuso Sonia vagamente.

—¿Un caballero de verdad! Después del baile nos vamos al campo. A mi *château*.

—¿Cuánto lo siento! Tenía proyectada una excursión con él.

—Es que me ha amenazado Arsène Lupin y Charmerace, que es un valiente, viene a hacerme compañía.

—Pues me ha fastidiado eso Lupin del demonio.

—Pueden dejar la excursión para otro día.

—No es conveniente. Teníamos que hablar de asuntos interesantes e inaplazables.

—Pues la solución es bien clara. Venga usted también a mi *château*. Allí podrán hablar cuanto quieran.

De pronto llegó hasta ellos el duque de Charmerace y, sin ninguna

ceremonia, quitó la pareja a Gourney Martin.

Se la llevó bailando. Ella protestó suavemente.

—Es usted un tirano.

—Al revés. Es usted la que me tiraniza.

—Permítame que lo dude.

—Bien sabe usted que es verdad.

Ella comenzó a quitarse la máscara de candidez.

—Casi me ha llamado usted coqueta.

—¿Acaso no lo es?

—Acaso.

—Desde luego, tiene usted derecho a serlo. Todas las mujeres hermosas tienen derecho a coquetear.

—No continúe. Llegaríamos a conclusiones tremendas por ese camino tan crizado de peligros.

—Entonces hablemos de otra cosa. ¿Qué le ha parecido a usted Gourney Martin?

Habían llegado, por impulso de Charmerace, a la terraza. Allí se detuvieron. El la miraba a los ojos con fijeza devoradora.

—Su amigo me parece muy simpático—repuso Sonia.

—Sí, a pesar de su edad tiene

atractivos poderosos. Es como la cerveza vieja.

Y acercando más su rostro al de ella, de modo que sus labios casi le rozaban la piel de la mejilla, añadió:

—Usted, en cambio, es como el champaña.

—En efecto—repuso Sonia, coqueteando ya abiertamente—. Soy como el champaña que embriaga y enloquece.

—Esa clase de champaña es la que yo deseo beber a todas horas, especialmente en el recogimiento de la noche y en la intimidad de un gabinetito coquetón.

—Lo mejor será que bailemos.

—Otra vez se refugia usted en el baile para ocultar su turbación.

—¿Mi turbación?

—Es inútil que disimule. Usted quiere representar el papel de mujer mundana y le falta mucho todavía para llegar a eso. Es lo mejor que puedo decir en alabanza de usted.

—Celebro que tenga tan buen concepto de mí.

—Y yo también.

No hablaron más. Sonia, en efecto, estaba nerviosa. Charmerace, en cambio, se mostraba cada vez más tranquilo.

Bailando, se confundieron con la multitud de parejas que llenaban el salón.

V

Los dos acreedores estaban comiendo hasta hartarse, en compensación de los largos ayunos pasados, cuando uno de ellos se estremió.

Miraba en dirección a una habitación contigua, donde había una mesa de escritorio y unas estanterías con libros. Los cajones de la mesa estaban abiertos y Guerohard los registraba, en busca, sin duda, de algún documento que confirmara sus sospechas acerca de la verdadera personalidad del duque de Charmerace.

El acreedor que le había visto cogió a su compañero de un brazo y le dijo agitadamente:

—¿Quieres que nos ganemos veinticinco mil francos cada uno?

El interrogado se atragantó.

Veinticinco mil francos es una suma capaz de cortar la digestión a cualquiera.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco?

—Contesta, ¿quieres que nos ganemos veinticinco mil francos cada uno?

—Ya lo creo, hombre. Pero ¿cómo podemos realizar ese milagro?

—Es muy sencillo. Deteniendo a Arsène Lupin.

—¿Dónde está?

—En esa habitación.

—¿Estás seguro de que es Arsène Lupin?

—Segurísimo.

—¿Qué pruebas tienes?

—Ahora no te lo puedo explicar. No hay tiempo que perder. Sígueme y no te preocupes de nada más.

El que hablaba extrajo un revólver y se dirigió al despacho. En este momento Guerchard estaba absorto en el registro de la carpeta. Oyó de pronto un grito alarmante:

—¡Manos arriba!

Guerchard se sobresaltó, levantó la cabeza y se quedó estupefacto al verse encañonado por un revólver y mucho más estupefacto aun al oír que el que le anunciaba decía:

—Queda usted detenido, Arsène Lupin.

Guerchard pretendió salvarse con un alarde de sangre fría.

—¡Fuera de aquí, imbéciles!— exclamó—. ¿No ven que estoy muy ocupado?

Pero el que empuñaba el revólver no estaba dispuesto a perder la ocasión de ganar veinticinco mil francos.

—¡Manos arriba o disparo!— exclamó.

Y había en su voz una decisión tan terrible, que Guerchard comprendió que si no levantaba las manos en aquel momento terminaría la historia de su vida.

Tuvo que levantarlas.

El que empuñaba el arma dijo a su compañero:

—Corre a buscar al duque. No

tardes, porque este hombre es peligroso.

El colega corrió hasta encontrar a Charmerace, que estaba hablando todavía con Sonia. Le transmitió la noticia a medias y agitadamente y el duque tuvo que disculparse ante su amiga:

—Perdóneme unos minutos. Me necesita un invitado.

Cuando llegó al pequeño despacho y vió a Guerchard encañonado por un revólver, se quedó estupefacto.

—¿Usted por aquí?

—Ya lo ve.

—¿Y a qué debo el honor?

—Pero ¿no está usted enterado? Arsène Lupin ha amenazado con venir aquí y llevarse lo que le plazca.

—Algo de eso he oído decir, pero no me preocupa gran cosa.

Y preguntó al armado acreedor:

—¿Qué le ha hecho a usted este señor para que le apunte con un revólver?

Y el interrogado repuso con firmeza:

—Es Arsène Lupin.

Guerchard sonrió.

—Este caballero sabe muy bien que no soy Arsène Lupin. ¿Ver-

dad, señor duque de Charmerace?

—Verdad.

—No se deje engañar, señor duque. Este pájaro es Arsène Lupin. Tengo pruebas.

Charmerace se echó a reír. La situación no dejaba de ser graciosa.

—Este señor es Guerchard, el popular detective.

—¡Quiá! — exclamó tercamente el acreedor.

—Si él es Arsène Lupin, yo soy la reina de Rumania. ¿No le parece, señor Guerchard?

Había en estas palabras un tonillo de sorna que sólo el detective podía comprender.

—Lo siento por ustedes — dijo Charmerace con su eterno buen humor—, pero este señor es Guerchard y ustedes no pueden hacerse célebres capturando a Arsène Lupin.

—Pues estaba robando — declaró el acreedor, con energía.

Charmerace dirigió a Guerchard una mirada escrutadora.

—¿De modo que estaba robando?

—Sí, señor duque — insistió el acreedor—. Lo he cogido con las manos en la masa.

—¡Caramba, caramba! ¿Y dónde estaba robando?

—En la mesa de escritorio.

Charmerace comprendió en seguida lo que Guerchard estaba haciendo en su despacho. Y cayó en la cuenta de que estaba defendiendo a un hombre que observaba con él una conducta que no era digna precisamente de su gratitud. A esto se le llamaba en lenguaje vulgar hacer el primo.

Todos estos pensamientos dieron por resultado la decisión de pagar a Guerchard con la misma moneda. El le había tenido esposado durante una hora, a pesar de sus protestas de que no era Arsène Lupin, sino el duque de Charmerace. ¿Por qué no tener él ahora detenido a Guerchard durante un buen rato hasta que otra persona viniera a identificarle como Gourney Martin le había identificado a él la noche anterior?

Dirigió a Guerchard una sonrisa burlona y preguntó al acreedor que empuñaba el arma:

—¿De modo que tiene usted pruebas de que es Arsène Lupin?

—Sí, señor duque.

Dejó el arma en manos de su

compañero y extrajo del bolsillo un periódico.

—Mire lo que dice aquí.

A mostraba a Charmerace una noticia que se destacaba en la página por sus gruesos titulares, en los que se leía:

Cincuenta mil francos al que capture a Arsène Lupin, vivo o muerto

—Ahora comprendo su interés en capturar al famoso ladrón — exclamó Charmerace.

Y recordando lo de "vivo o muerto", comprendió el detective por qué aquel hombre estaba tan decidido a matarle.

—Las pruebas están más abajo — explicó el acreedor—. Siga usted leyendo.

Charmerace leyó en voz alta:
Peso, 86 quilos. Estatura, 1,69 metros. Cojea del pie derecho

—¿Qué le parece? — inquirió en son de triunfo el acreedor.

El duque se echó a reír de buena gana.

—¡Es gracioso! — y preguntó a Guerchard: — ¿Qué estatura tiene usted?

—Las señas son las mismas que las de mi persona — repuso el detective con el enojo que es de su-

poner—. Pero no soy Arsène Lupin.

—En efecto, es seguro... pero para usted. Lo mismo me sucedió a mí anoche. Estaba seguro de que no era Arsène Lupin y, en cambio, usted no lo estaba y no me creyó cuando le dije quién era en realidad. Ahora los papeles se han trocado. Soy yo el que no le creo a usted. Necesito que alguien me garantice que es usted Guerchard, de la policía, y no Arsène Lupin. Si no me ofrece esa garantía, lo siento mucho, pero no le dejaré en libertad.

Guerchard disimuló su rabia.

—Comprendo el juego, señor duque, y se la guardo.

—No se enfade. ¿Acaso me enfadé anoche yo?

—Usted sabe muy bien que soy Guerchard.

—Pero necesito una prueba, un justificante. Si quiere usted, para solucionar cuanto antes esta cuestión, le haré conducir a la Prefectura y allí se verá si, en efecto, es usted...

—¿Sacarme de aquí? ¡De ningún modo! Estoy en esta casa cumpliendo un deber.

—Realmente, si de veras es us-

ted Guerchard, en esta casa hace mucha falta. En vista de eso, podemos llamar por teléfono al prefecto para que venga a identificarle. Encárguese usted mismo de eso. Yo vuelvo a reunirme con mis invitados.

—¿De modo que me deja encerrado aquí sabiendo la falta que hago en el salón?

—Sólo hasta que se lo identifique. Si es usted Guerchard, le pediré que me perdone.

Guerchard no contestó. Estaba tan furioso, que sólo habrían podido salir de su boca sapos y culebras.

El duque echó leña al fuego.

—Vigilento. Y, si es necesario, disparen.

—Descuide, señor duque. Como aquí dice "vivo o muerto", no tendré inconveniente ninguno en apretar el gatillo.

—Perfectamente —sonrió Charmerace, al mismo tiempo que el detective dirigía al acreedor una mirada furibunda.

Se marchó el duque, y Guerchard telefonó a la Prefectura. Explicó al prefecto lo que le ocurría, y éste, después de reprenderle por no llevar carnet, dijo que tardaría diez minutos en poder llegar.

Diez minutos era demasiado, a juicio de Guerchard, pero tuvo que conformarse. A la fuerza ahorcan.

VI

El duque, desde el centro del salón, dijo en voz alta a todos los invitados:

—¡Señores, ahora viene lo mejor: la torta iluminada! Para que el efecto sea mayor, apagaremos las luces.

Dejó la sala a oscuras. En seguida apareció por una de las puertas del salón una gigantesca torta conducida por varios criados. El enorme pastel estaba adornado por multitud de lucecitas que, en las tinieblas, producían un efecto fantástico.

Se oyó un unánime murmullo de admiración y algunos invitados incluso aplaudieron.

La torta dió una vuelta a la sala.

—Contiene un regalo para cada uno — explicó el duque en voz alta.

E inmediatamente se encendieron las luces.

Lo que entonces ocurrió llenó de sorpresa a todos los invitados.

—¡Ay, mi collar! — exclamó una voz.

Y otra voz dijo:

—¡Mi diadema! Me la han robado cuando estábamos a oscuras.

—¡Y mis alhajas! ¡También me las han robado!

Se produjo un gran bullicio. En este momento entró el prefecto de policía.

—¿Qué ocurre?

—¡Que me han robado mi pulsera! — dijo la que estaba más cerca del policía.

—¡Y a mí el collar!

—¡Y a mí la diadema!

Ni una sola de las damas que estaban en el salón dejó de lan-

zar su gemido doloroso. A todas les habían robado una cosa u otra.

La dueña de la pulsera desaparecida, que no era otra que Sonia, estaba al lado de Charmerace, el cual le preguntó:

—¿Está usted segura de que llevaba la pulsera?

—Segurísima.

—¿Se ha acercado alguien a usted mientras las luces estaban apagadas?

—Nadie. Sólo usted estaba a mi lado.

—¡Es incomprensible!

El prefecto llamó a los agentes que cercaban la casa. Dió las oportunas órdenes.

—¡No se permitirá a nadie que salga del salón! — dijo a los invitados.

Y aclaró el tono de mando de su voz con estas palabras:

—Orden de la Prefectura.

El duque de Charmerace se apresuró a ir a su encuentro.

—Llega usted oportunamente, señor prefecto. Acaba de cometerse en esta casa un importante robo. Han desaparecido todas las alhajas de las damas. Apagué las luces para presentar una torta iluminada, y en ese momento...

—¿Dónde está Guerchard? — le atajó el prefecto.

El duque exclamó, haciéndose el tonto:

—Pero ¿de veras es Guerchard? Había llegado a dudarlo.

—Guerchard vino aquí precisamente para evitar el robo.

—¿Cuánto siento lo ocurrido!

El prefecto mandó a un agente por Guerchard, y éste, al enterarse de lo ocurrido, dirigió al duque una mirada que quería decir mucho.

Guerchard tomó la dirección de las actuaciones.

—Habrán de ser todos registrados — dijo en voz alta—. Los caballeros que se queden aquí. Las señoras que vayan arriba.

Charmerace se lamentó:

—No sé cómo excusarme.

Pero Guerchard repuso, sonriendo:

—No es necesario, señor duque. Prepárese para que le registren... Sólo para cubrir el expediente, ¿sabe?

—Eso sí que me sabe mal.

—¿Por qué?

—Porque tengo cosquillas.

Sonia subió también al piso con las demás damas. Pero aprovechó la confusión de estos momentos pa-

ra escabullirse e ir a reunirse con Guerchard en una solitaria habitación de la casa.

—¿Qué has conseguido? — le preguntó el detective.

—Hacer amistad con él.

—¿Cómo te las compusiste?

—Metiéndome en su cama.

—Demasiado realismo, pero no ha estado mal la idea. ¿Y qué pasó después?

—Bajamos a bailar.

—Menos mal. ¿Averiguaste algo?

—Que mañana se va con Cour-

ney Martin a la casa de campo de éste.

—¡Bravo!

—Y yo he conseguido ser invitada también.

—Eso está mejor aun. Mucho cuidado y a ver si no dejas de vigilar a Charmerace un solo momento.

—¿Y usted?

—Yo me haré el tonto y el cojo más que nunca... Y ahora sabe a que te registren con las demás invitadas.

Pero el registro, como esperaba Guerchard, fué negativo.

VII

Estaba almorzando Guerchard con su hija. Después de los sucesos de la noche anterior, no extrañó a la señorita Guerchard que su padre estuviera pensativo.

—Estoy segura de que lo capturarás — dijo para animarle—. Tú eres muy inteligente.

—Ya sé que soy muy inteligente — repuso Guerchard—. Pero, por lo visto, Arsène Lupin no es de la misma opinión.

—No te importe su opinión, como a él, a buen seguro, no le importa la tuya. El caso es que pronto apuntaré en tu lista de éxitos la captura de Arsène Lupin.

—Puede que sí. Tengo un plan en el que he puesto todas mis esperanzas.

Mientras esta conversación tenía

lugar entre padre e hija, de casa del duque salían éste, Sonia y Gourney Martin, con el propósito de trasladarse a la casa de campo del último.

Pero antes de que Charmerace pudiera poner los pies en la calle, se encontró con los acreedores que le esperaban.

No se inmutó por ello. Dijo a Sonia y a su amigo que se marcharan delante y se encaró con los acreedores:

—¡Caramba! Ya me había olvidado de ustedes.

—Comprenda que no puede marcharse, señor duque, sin...

—¡Qué tontería! ¿Por qué no he de poder marcharme? Hay un medio de que ustedes tengan la garantía de que he de regresar dentro

de cinco días. Quédense aquí como si fueran dueños de la casa. Coman, beban, diviértanse cuanto gusten. A mi regreso arreglaremos esa cuentecilla.

Los acreedores convinieron en que aquello representaba como un sobrerrendito que no podían despreciar. ¡Comer y beber cuanto quisieran durante cinco días y completamente gratis! ¡Cualquiera se negaba!

Solucionado este importante asunto, procedió el duque a arreglar otra cuestión que no le interesaba menos.

Se dirigió al teléfono y comunicó con Guerchard.

Disimulando la voz, para lo cual tenía una habilidad que un ventrílocuo le habría envidiado, dijo:

—Aquí Alexis Petrovich, primo de Sonia.

—...

—Sonia me ha encargado le dijera que acaba de irse al campo con Gourney Martin.

—...

—¿Charmerace? Más tarde irá. El desdichado ha caído en la trampa. Hay hombres que quieren ser muy listos y son tontos por partida doble.

—...

—¡Claro que sí! De la casa de Gourney Martin sale para la cárcel.

Colgó el auricular. Ahora ya sabía quién era Sonia, aquella muchacha que por momentos le iba pareciendo más bella e interesante.

Acto seguido se dirigió en su automóvil a la casa de campo de Gourney Martin.

* * *

Era una mansión señorial, de anchurosas estancias, donde todo tenía un algo de solemnidad.

Acababa Sonia de acostarse. Pero sus oídos estaban atentos al mo-

nor ruido que pudiera producirse fuera de la habitación.

También Charmerace estaba ya en su habitación, pero no precisamente dispuesto a acostarse.

Esperó un buen rato. Cuando el silencio de la noche había caído definitivamente sobre las amplias y sombrías estancias del *château*, salió sigilosamente de su habitación y comenzó a girar una visita de reconocimiento por la casa.

Sonia, consciente de su responsabilidad, tomó buena nota de la incursión nocturna.

Charmerace conocía ya la casa de Gourney Martin. Lo único que parecía ignorar era el emplazamiento exacto de la caja de caudales. De aquí que descendiera a la biblioteca y tuviera que dar algunas vueltas antes de dar con la puerta del arca.

Estaba empotrada en la pared. Era una caja de extraña construcción, tan extraña que su funcionamiento se presentó a Charmerace como un misterio.

Quedó pensativo, contemplándola.

Evidentemente, aquella caja tenía para el duque tanto interés como para su dueño.

Sonia, al oír el chirrido de la puerta de la habitación de Char-

merace, se había levantado y se fue tras él, cumpliendo las instrucciones de Guerchard, que le había dicho no dejara de espíarle un solo momento.

Había llegado cerca de la biblioteca donde estaba la caja de caudales, pero retrocedió al oír pasos que se acercaban.

Se ocultó y vió pasar a Gourney Martin cautelosamente. El dueño de la casa había creído percibir un ruido y siguiendo los pasos de Sonia, aunque sin verla, llegó hasta el recinto donde guardaba todo cuanto poseía.

La escasa luz que había allí y que Charmerace no había querido aumentar, le permitió ver tan sólo una sombra ante la caja de caudales.

Bajó de puntillas los escalones, se acercó cautelosamente a la sombra, extrajo un revólver del bolsillo y gritó:

—¡Manos arriba!

Charmerace dió un salto y se volvió, amenazando a su vez a Gourney Martin.



—¿De modo que es usted el duque de Charmerace?



Bajaron al salón.



Charmerace leyó en voz alta...



—Usted sabe muy bien que soy Guerchard.



—¡Caramba, qué susto me has dado!



—Por aquí, preciosa.



—¿Tienen alguna novedad que comunicarme?



Sonia comprendió en seguida
que se trataba de una burla.



—Ese Lupín tiene muy buen gusto.



—¡La caja está vacía!



—¿Cuántos años tienes?



—¿De modo que esas tenemos?



—¿Y qué hay de la muchacha?



El viejo temblaba cada vez más asustado.



— Cuando mis amigos estén en libertad, nos marcharemos de París.



— ...no tengo más remedio que llevármelo, Lupin.

VIII

Al reconocer al duque, Gourney Martin exclamó:

—¡Caramba, qué susto me has dado! Te había tomado por Arsène Lupin.

Charmerace sonrió.

—Si tú te has asustado, excuso decirte qué habré sido yo.

—Es que tengo casi toda mi fortuna en esta caja y, como comprenderás, me sabría muy mal perderla.

—Es natural.

Hubo una pausa.

Charmerace dijo:

—Estaba dando un paseo antes de acostarme y me ha sorprendido esta caja que no tiene combinación. No creo que así esté muy seguro su contenido.

—Prueba a abrirla.

El duque cogió el asa que había en la férrea puertecilla, y Gourney Martin, con rápido movimiento, hizo funcionar un interruptor de electricidad.

Sintió el duque una formidable descarga en el brazo y su cuerpo fué sacudido de un lado a otro como un guiñapo.

—Prueba a soltarte — le dijo Gourney Martin.

En vano lo intentó el duque. Su mano y la diabólica asa eran como una sola pieza.

—Es verdad. No puedo soltarme. Haz el favor de quitar la corriente.

Gourney Martin hizo funcionar el interruptor riendo y seguido por la mirada curiosa del duque.

Al fin pudo soltar el asa Charmerace.

—¡Es una excelente idea! — exclamó, sujetándose el dolorido brazo.

—¡Estoy bien protegido contra Arsène Lupin! — afirmó orgullosamente el duque de la casa, volviendo a hacer funcionar el interruptor.

—¡Ya lo creo! Como que no me necesitabas.

—A ti te necesito siempre, y te agradezco mucho que hayas venido.

—Ahora el agradecido soy yo. Eres muy amable. Además — añadió —, esta visita me está resultando muy instructiva.

—¿Por lo de la caja?

—Sí. He aprendido a guardar las cosas con seguridad. Eso tengo que agradecerte. En fin, ya es tarde. Buenas noches.

—Buenas noches.

Sonia, entretanto, no perdía el tiempo. Estaba en la habitación de Charmerace buscando algún documento provechoso para Guerehard. De pronto oyó pasos, los pasos del duque, y acto seguido puso en práctica el plan que de antemano

había concebido previendo un caso semejante.

Se hizo la sonámbula y salió de la habitación con los brazos extendidos, erguida y con paso lento.

El duque se la quedó mirando de un modo indefinible. No era extrañeza ni sorpresa lo que experimentaba. Era más bien incredulidad.

Le cortó el paso y la detuvo, cogiéndola por los hombros. Ella permaneció inmóvil, con los ojos cerrados.

—¡Pobre Sonia! — exclamó compasivamente—. Dormida e indefensa.

Le pareció ver que en su manga ocultaba un objeto duro. Con sumo cuidado, sin ni siquiera rozarle el brazo, comprobó que se trataba de un revólver.

Sonrió. Ya sabía qué clase de sonambulismo era el que sufría Sonia.

La cogió por las manos y la empujó suavemente hacia su habitación.

—Por aquí, preciosa — dijo con dulzura.

Y cuando llegaron al aposento de Sonia añadió en el mismo tono:

—La despertaré con cuidado para no asustarla. Un susto en estas

circunstancias podría serle fatal. Pero antes debo comprobar si está muerta.

Y tras esta absurda reflexión hecha en voz alta, apoyó la cabeza en el pecho de Sonia.

No era precisamente el corazón lo que buscaba, y ella lo comprendió al sentir en su seno el contacto de la cara del duque, un contacto que tenía todas las trazas de una caricia. Pero la conciencia de su deber y acaso también el hecho de que la caricia no le pareciera del todo desagradable, hicieron soportar a Sonia el reconocimiento sin rechistar.

—No está muerta, no — dijo el duque—. Oigo latir su corazón claramente—. Por cierto que es un latir desenfrenado, como si una profunda emoción la embargara.

Ella contempló un momento y añadió en tono soñador:

—¡Qué hermosa es! Podría aprovecharme de su sonambulismo, pero no quiero. Lástima que no

pueda darse cuenta de este rasgo de caballerosidad que aumentaría su confianza y su estimación hacia mí.

Se separó un momento de Sonia y volvió a su lado llevando en la mano derecha el jarro de agua del lavabo.

Sonia, que por nada del mundo abriría los ojos, oyó que Charmerace decía:

—Te proporcionaré la reacción necesaria para que vuelvas a tu estado normal. Y si después de esta prueba sigues dormida, habré de confesar que me he equivocado al formar juicio de ti.

Terminado que hubo de pronunciar este párrafo, vació el jarro de agua en la cabeza de Sonia.

Ella se estremeció y lanzó un grito. Ato seguido comenzó a dirigir toda clase de insultos a Charmerace.

Y el duque salió de la habitación riendo de buena gana.

IX

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Sonia fué telefonear a Guérhard.

—¡Grandes noticias! — comenzó por anunciarle—. Arsène Lupin está aquí.

—¿Lo ha visto usted?

—Tanto como eso, no. Pero me he encontrado en la mesilla de noche una carta con una pulsera. La carta va firmada por Arsène Lupin, y dice:

Estimable amiga: Las mujeres bonitas no deben llevar joyas falsas. Acepte esta en cambio de la imitación que le robé anoche. Arsène Lupin.

—¿Y qué tal Charmerace? ¿Vigila?

—Sí, y es vigilado de cerca por mí.

—Perfectamente. No dejes de comunicarme nada de lo que ocurra en el castillo.

—Así lo haré.

Aquella tarde ocurrieron cosas dignas de ser comunicadas al detective. Se hallaban Gourney Martin y Charmerace en la galería de retratos del castillo y el dueño de la casa daba explicaciones al duque sobre los cuadros, algunos de los cuales tenían historia.

Llegaron ante un hueco donde había señales evidentes de haber servido de apoyo a un cuadro de gran tamaño.

—Parece que falta ahí un retrato — insinuó el duque.

—Sí, ahí estuvo el mejor retrato de la galería.

—¿Y qué se ha hecho de él?

—Desapareció. Arsène Lupin me dijo por carta que se lo enviase. Naturalmente, me negué, y a los pocos días desapareció el cuadro.

—¡Es inaudito!

—Precisamente estaba en este mismo lugar cuando recibí la carta de Arsène Lupin.

En este momento un criado interrumpió la conversación del dueño del castillo con el duque de Charmerace.

Llevaba una carta en la mano y se la entregó a su señor con estas palabras:

—El mensajero dice que es urgente.

Gourney Martin tomó la carta y se quedó asombrado al contemplar el sobre.

—¡Qué extraño! El sobre es idéntico al que contenía la carta de Arsène Lupin.

Gourney Martin rasgó el sobre y se dispuso a leer la carta. Pero le fué imposible por no llevar encima los lentes.

Rogó a Charmerace:

—Haz el favor de leerla. No sé dónde he dejado los lentes.

Y el duque leyó:

Gourney Martin: Hiciste millones durante la guerra robando a los

huérfanos y a las viudas de los que dejaban su vida en el campo de batalla.

Se detuvo el duque. Gourney Martin no supo disimular un gesto de contrariedad.

—No te detengas.

Siguió Charmerace:

Cuando el día de hoy termine, es decir, a media noche, iré por tus joyas, tus valores y tus cuadros. Me apoderaré de todo cuanto poseas. Te agradeceré lo tengas todo preparado.

Cuando Charmerace terminó de leer la carta, Gourney Martin estaba pálido.

—¿Robarme otra vez? ¡Eso lo veremos!

—Ese Arsène Lupin me está resultando un iluso. ¡Creerse que te puede robar estando todos prevenidos! ¡Pobre hombre!

—¿Tú crees que lo podemos evitar?

—¡Claro que sí! Lo primero que debes hacer es llamar a la guardia local.

—No hay. Lo que sí puedo hacer es llamar a Guérhard.

—Muy bien pensado. Que haga cercar la casa con gendarmes.

—Eso haré. Decididamente, te

pintas solo para esto. Eres una gran ayuda.

—Nada me divertiría tanto como pescar a Arsène Lupin.

—¿De veras le gustaría? — preguntó Sonia, entrando en aquel momento.

—De veras — repuso Charmerace, con su tono habitual de buen humor—. ¿Acaso a usted no le gustaría?

Y Sonia contestó, mirando a Charmerace de un modo extraño:

—Creo que no me gustaría. Esa es la verdad.

X

Sonaron las doce en el reloj del salón.

Los tres moradores del castillo estaban reunidos en él.

—Media noche — dijo Courney Martin—. No creo que venga.

—He oído decir que Arsène Lupin no falta nunca a una cita — declaró Charmerace.

—Esa misma impresión tengo yo — convino Sonia.

Hubo un silencio. De pronto se

abrió la puerta del salón y entró Guerchard. Courney Martin dió un salto.

—¡Caramba, qué susto! ¡Creíamos que era usted Arsène Lupin!

—Pues no lo soy — repuso el detective, por decir algo.

—Evidentemente — sonrió Charmerace.

—¿Tienen alguna novedad que comunicarme?

—Ninguna — repuso Courney

Martin, y preguntó con ansia in-
ocultable—: ¿Ha traído usted a los
gendarmes?

—Sí. Están ya colocados en sus
puestos.

Respiró el dueño de la casa.

—¡Ahora que venga Arsène Lu-
pin, si se atreve!... Pero, ahora que
caigo — añadió, mirando alterna-
tivamente a Guerchard y a Sonia,
—ustedes no se conocen.

—No tengo el honor — dijo
Guerchard.

—Pues les presentaré... Guer-
chard, el hábil detective. Sonia
Krichnoff, de la aristocracia rusa...

Se estrecharon la mano como si
no se hubieran visto en la vida.

—¿Tiene usted guardadas las
joyas?

—Sí, están en la caja.

—Perfectamente. Entonces me
marcho.

—¿Se marcha? — inquirió
Gourney Martin, sin disimular su
inquietud.

—Sí. Me voy a París, pero dejo

a mis gendarmes. Volveré mañana
por la mañana.

—Lo siento — intervino Char-
merace—. Yo pensaba echar con
usted una partida de cartas mano
a mano.

—Por eso no se preocupe usted.
Otro día la jugaremos. El reto es-
tá aceptado.

—Perfectamente.

Había cierta reticencia en las pa-
labras de ambos, que sólo Sonia po-
día comprender.

Se dieron la mano y se fué el du-
que.

Entonces Guerchard pidió a
Gourney Martin la llave de la puer-
ta de la calle.

—¿Para qué la quiere, si se va?

—Le ruego que me dé la llave y
que no me pregunte nada. Desde
este momento usted haga como el
que no ve ni oye. ¿Me lo promete?

—Prometido.

Y Guerchard se deslizó en la bi-
blioteca.

* * *

Estaba Sonia en su habitación, matando el tedio de su disimulada guardia con cigarrillos que se fumaba uno tras otro, lo que probaba su estado de excitación, cuando vió que Charmerace entraba, erguido, con los brazos extendidos y los ojos cerrados.

¿Sonámbulo?

Sonia comprendió en seguida que se trataba de una burla. Y concibió el propósito de aplicarle el sistema curativo que él le había enseñado.

Se acercó, lo tocó y dijo:

—¡Pobre Charmerace! Dormido e indefenso.

Le auscultó el corazón.

—No, no está muerto. He de hacer algo. Tengo un remedio que nunca falla.

Se fué y reapareció con un jarro de agua, de puntillas. Pero antes de que pudiera vaciarlo sobre la cabeza del duque, éste abrió los ojos y detuvo su brazo.

—No tengo interés ninguno en pescar un resfriado como el que ha pescado usted.

Y regresó a su habitación.

Volvió a salir momentos después con un paquete y una botella.

—¿Qué es eso? — preguntó Sonia.

—Para comer y para beber. Tengo apetito. ¿Quiere usted acompañarme?

Apenas contestó Sonia. Era presa de una misteriosa preocupación. Sin embargo, ésta no tenía relación ninguna con el temor que pudiera sentir una muchacha bonita al en-

contrarse a solas con Charmerace. Era evidente que aquel hombre no le inspiraba inquietud ni desafección. Acaso un poco de tristeza. ¿Por qué? Eso era lo que ni la misma Sonia sabía a ciencia cierta.

Pensó que por aceptar la invitación de Charmerace no dejaba de cumplir su deber de vigilarlo. Y aceptó y hablaron.

—¿Qué pulsera más bonita! — exclamó el duque, mirando la muñeca de Sonia.

—En efecto, es muy bonita.

Y como el duque estaba en el secreto de su procedencia, porque la misma Sonia se lo había dicho, comentó:

—Ese Lupin tiene muy buen gusto.

—En efecto.

Quedó un momento pensativa, y añadió:

—Me gustaría conocerlo... aunque estoy segura de que sentiría miedo.

—¿Miedo?

—Sí, miedo a no poder resistirle.

—¿Por qué?

Sonia desvió la mirada de los ojos de Charmerace.

—Es algo que usted no podría comprender.

—¿Acaso temería usted que le robase?

—No. No creo que robara nada a una mujer. ¿No le parece?

Y le miraba interrogadoramente, de un modo extraño.

—Creo que en eso tiene usted razón — repuso el duque, envolviendo también sus palabras en un tono de misterio.

De pronto dijo:

—Buenas noches, Sonia.

—¿Se va?

—Sí.

Se dirigía a la puerta. Ella lo detuvo.

—Espere.

Volvió el duque a su lado.

—¿Adónde va? — preguntó Sonia.

—A acostarme.

—¿De veras?

—¡Claro! ¿Por qué lo duda?

Advirtió que Sonia estaba pálida y temblorosa.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué tiembla?

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—Sí a Guetchard se le ocurría.

ra venir, podía tomarlo por Arsène Lupin.

—¿Usted cree?

—Estoy segura.

—Carro más peligro a su lado que en cualquier otra parte.

—¿Por qué?

—Porque toda tú eres un peligro.

—¿Yo?

—Sí. El peligro está en tus ojos.

—¿Acaso porque ven demasiado?

—No. Eso se evitaría fácilmente.

te. Los podríamos cerrar. También el peligro está en tu boca.

—¿Porque podría hablar demasiado?

—Tampoco. Eso se evitaría fácilmente.

—¿Cómo?

—Cerrándola también... Así.

Y los labios de Charmance pusieron en un beso apretado obstáculo a la boca de Sonia.

Ella entornó los ojos con expresión de deleite.

XI

Hasta una docena de gendarmes entraron en la casa y procedieron con rapidez de malabaristas a desvalijar la galería de retratos.

Se llevaron también cuantos objetos de valor encontraron en los salones.

Fuó todo tan rápido, que momentos después reinaba en la casa el más profundo silencio.

Gourney Martin, al que la natural inquietud impedía conciliar el sueño, comenzó a lanzar gritos

desafortunados al darse cuenta de lo ocurrido.

Salió Guerchard de la biblioteca.

—¿Qué pasa?

—¿Que me han desvalijado!

—No se preocupe.

—¿Cómo que no me preocupe?

¿Pero qué se ha hecho de sus gendarmes? No hay ninguno en los alrededores de la casa. ¿Es que le han robado también a sus hombres?

Salieron de la casa y se encontraron a los gendarmes de Guerchard encerrados en su propio auto, en paños menores y amordazados.

—¿Qué ha sucedido? — inquirió el detective.

—Es inexplicable — contestó uno de ellos—. Cayeron inopinadamente sobre nosotros y nos desnudaron.

Y cuando Gourney Martin esperaba que Guerchard proferiese una exclamación de rabia, le oyó decir:

—No os preocupéis. Pronto estará aquí vuestra ropa.

Volvieron al castillo. Momentos después entraban los verdaderos gendarmes de Guerchard conduciendo a los que habían desvalijado el castillo.

Gourney Martin estaba como el que ve visiones.

—Los gendarmes que rodeaban la casa — explicó Guerchard, sonriendo — no eran nuestros, sino de Arsène Lupin. Yo me hice el tonto y distribuí a los míos alrededor de toda la propiedad. Estaba seguro de que no había de fallarme la estratagema. Después nos ocuparemos de restituirle los cuadros. Ahora tenemos que interrogar a estos buenos mozos.

Y ordenó a sus hombres los condujeran a la biblioteca.

Ya iba a interrogarlos cuando Gourney Martin, que acababa de echar un vistazo a la caja de caudales, volvió al lado de Guerchard dando gritos.

—¡La caja está vacía! ¡Me han dejado en la miseria!

—¿La caja también? Eso es más grave. Además de usted ¿quién conocía la combinación para abrirla?

—Nadie.

—¿Absolutamente nadie?

—Es decir, la sabía mi amigo Charmerace, que se enteró casualmente anoche.

—Pues que vayan a llamar inmediatamente al duque. Le necesito aquí en seguida.

Mientras un agente iba en busca de Charmerace, Guerchard comenzó a interrogar a los detenidos.

—Vamos a ver — dijo Guerchard al primero de la fila—. Ya has estado tres años en la cárcel y sabes muy bien lo que es eso. Si no quieres que la función se repita, dime para quién trabajas.

Pero el detenido le miró sonriente, con sus ojillos penetrantes y un poco siniestros, y respondió:

—No puedo decirle nada, porque me dormí en casa y me he despertado aquí.

—Está bien. Se repetirá la función.

Y Guerchard pasó al segundo de la fila.

—Tú has pasado cinco años en la cárcel. Recuerda aquellos *venenosos* días y dime: ¿Qué haces aquí?

El interrogado repuso con gran naturalidad:

—He venido a ver a mi abuelita, la pobre, que va a tener un niño.

—¡Muy gracioso! Ese chiste te costará diez años a la sombra.

Se encaró con el tercero.

—Tú, en cambio, no has estado en la cárcel todavía, pero lo estarás si no cantas.

—¿Cantar yo? Usted dispense. Me duele la garganta.

En este momento entró el duque en la biblioteca y se situó al lado de Guerchard para asistir al interrogatorio.

Estaba tranquilo y sonriente. Su buen humor podía más que el sueño que tan despiadadamente le habían interrumpido.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Guerchard a un joven pálido, cuyo rostro tenía una expresión de terror.

—Jean Mouquin.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—No has estado nunca en la cárcel, ¿verdad?

—No, señor.

—Te felicito. Estoy seguro de que no te gustaría. ¿Tienes novia?

—Sí, señor.

—Pues todavía te gustaría menos. Imagínate que si ahora fueses a la cárcel cuando salieras tendrías cuarenta años. Tu vida estaría destrozada. Tu novia se habría casado con otro.

Temblaba el muchacho de horror ante el siniestro cuadro que Guerchard le pintaba. Añadió el detective:

—Pero en tu mano está que todo eso no ocurra. Yo podría darte dinero para que te marcharas a América, a vivir libremente, al lado de tu mujer y a ser una persona honrada. Todo eso lo tendrás si contestas a la pregunta que voy a hacerte. ¿Quién es tu jefe?

Se ahogaba el joven de emoción. Se debatía entre el deseo de hablar y el temor de hacerlo. Exclamó por fin:

—¡Tengo miedo! ¡No puedo decir nada!

—¿Miedo, teniendo mi protección? Eso sí que es absurdo. Piensa que represento a la policía de Francia. Dime: ¿es este hombre Arsène Lupin?

Señalaba a Charmerace.

En todos los presentes, menos en el duque, se había producido un movimiento de expectación.

El joven pálido miraba a Charmerace con los ojos desorbitados por el terror.

El duque, sonriente y amable, le animó:

—¡Vamos, hombre! Di a este caballero lo que sepas.

Y bastó esta inainuación para que el joven contestara:

—No sé quién es. No conozco a este señor.

Guerchard no disimuló un gesto de indignación.

XII

Uno a uno, fué ofreciéndoles a todos la libertad incondicional si decían quién era Arsène Lupin, y de todos obtuvo una negativa.

Entonces Charmerace comentó:

—Es admirable. Arsène Lupin debe de estar satisfecho de sus hombres. Tanta lealtad bien merece un premio.

—¡Basta de farsas! — exclamó Guerchard—. ¡Sígamel!

Le siguió. Guerchard se detuvo al llegar ante la caja de caudales.

Fingiéndole que ignoraba lo de la corriente eléctrica, cogió el asa de la puerta para abrirla y se quedó allí aferrado, sin poderse soltar.

—¡Por favor, Charmerace! ¡Ayúdeme!

El duque hizo funcionar el inte-

ruptor y la corriente quedó cortada.

En aquel momento llegaron Sonia y Gourney Martin atraídos por los gritos de Guerchard. Este, en vez de dar las gracias a Charmerace, le miraba inquisitivamente.

—¿Cómo sabe usted la combinación?

—La aprendí anoche. Yo también quedé cogido como usted, y Gourney Martin tuvo que cortar la corriente.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió el robo?

—No sé cuánto tiempo hace.

—Una media hora.

—¿Una media hora?

El duque reflexionó.

—¡Ah, sí! Estaba montado en un

pulpo en medio de una granizada... En sueños, naturalmente.

—Muy gracioso. ¿De modo que estuvo en su cama desde que se acostó?

—Exactamente.

—¿Lo puede probar?

—Eso sí que va a ser difícil. Como soy soltero, no tengo ningún testigo.

Comprendiendo que interrogando a Charmerace no adelantaría nada, se encaró con Sonia.

—¿Estuviste en tu puesto anoche?

Ante esta pregunta, Charmerace fingió una profunda sorpresa.

—¿Cómo? ¿Sonia agente de policía?

—¡Ya lo creo! — repuso Guerchard, y volvió a interrogar a la joven—. Dí: ¿pasó Charmerace la noche en su habitación?

Sonia vaciló un momento. Después repuso con firmeza:

—No.

—Perfectamente. ¿Dónde estuvo, entonces?

—Conmigo.

Todos los que la escuchaban se asombraron. Y el más sorprendido fué Charmerace, que sabía muy bien que Sonia mentía. El había

vuelto a su habitación después de aquella escena de ternura.

Comprendió muy bien el duque lo que aquella mentira significaba. Sonia lo amaba hasta el punto de sacrificarse por él.

—¿De modo que esas tenemos? —preguntó Guerchard con una sonrisa siniestra.

—Sí — contestó Sonia—. Estuvo en mi cuarto. Cenamos y bebimos champaña.

—¿Toda la noche cenando y bebiendo champaña?

—No. Pero estuvo conmigo hasta que oímos gritos. Entonces salió y se fué a su cuarto. Por eso le encontré allí el agente.

—¿Comprendido! ¡Te has enamorado de él! Eres igual que todas las de tu clase. No tienes honor. Te pago y me haces esto.

—No puedo mentir.

—¿Qué tonta has sido! ¡Perder tu libertad por unos besos!

—¿Qué importa!

—A mí sí que me importa — declaró el duque—. Esta dama y yo...

Guerchard le interrumpió con una carcajada.

—¿Dama ha dicho usted? Es Sofía Krellberg, estafadora profesional.

Ahora sí que se asombró sinceramente Charmerace.

—Sí, señor — insistió Guerchard —. Estafadora cumpliendo condena.

—Pues la verdad es — dijo el duque, recobrando su serenidad habitual — que no he visto en mi vida una estafadora tan bella.

—Está bajo fianza. Si me falla, volverá a la cárcel. Vamos, voy a volver a interrogarla para darle una nueva oportunidad. ¿Dónde estuvo Charmerace anoche?

—Conmigo — repitió Sonia con firmeza.

—¡Mentira! ¡Irás otra vez a la cárcel!

Llamó a un agente y ordenó que se la llevara.

—Que la pongan en el mismo calabozo.

Charmerace intervino.

—Vamos, Sonia, di la verdad.

—Ya la he dicho.

—No la crean. Está mintiendo por mí.

—Ya confesará de plano — dijo Guerchard con una sonrisa de indignación—. Y entonces, tú, Arsène Lupin, irás también a la cárcel.

De pronto se oyó un estrépito de cristales.

Corrió Guerchard al salón, seguido del agente, y encontró una piedra en el suelo.

La piedra estaba envuelta en un papel. Lo desdobló Guerchard y leyó:

Suelta mis hombres mañana mismo o te costará caro. En tus barbas robaré la Gioconda del museo del Louvre. Arsène Lupin.

Guerchard lanzó una carejada de burla.

Pero cuando se dió cuenta, ni Charmerace ni Sonia estaban en el castillo. Habían huído en un automóvil.

XIII

En un tugurio de las afueras de París, Charmerace daba órdenes a su gente.

—¿Y qué hay de la muchacha? —preguntó después.

—Que sale esta noche.

—¡Magnífico! No olvidéis que en un caso de apuro, ella será nuestra mejor defensa. Es lo que más quiere Guerchard en el mundo.

Entró un viejo de largas y blancas barbas que llevaba al brazo un cesto de flores.

Charmerace desapareció en aquel momento y, al poco, reapareció disfrazado como el viejo en cuestión, llevando también en la mano un cesto igual que el de aquél.

Se observaron los dos viejos, apócrifo el uno y auténtico el otro,

y Charmerace exclamó, satisfecho:

—Muy bien—. No se puede pedir más en cuanto a parecido.

—La voz es lo único que no es igual.

—Naturalmente. Cuando tenga tus años mi voz será cascada como la tuya.

Al mismo tiempo, Guerchard hablaba con el director del museo.

—¿Todo listo, Guerchard? ¿Ha tomado sus medidas?

—Hay un policía en cada puerta y dos en cada ventana. Le respondo de que Arsène Lupin no se saldrá esta vez con la suya.

Uno de los guías del museo estaba en aquel momento mostrando el maravilloso retrato de "La Gioconda".

Entró uno de los viejos por la

puerta principal. Los porteros le saludaron como si le conocieran de antiguo. Realmente, no era la primera vez que aquel viejo entraba en el museo. Por lo visto el golpe estaba preparado desde hacía algún tiempo.

Llegó el conocido anciano adonde estaba Guerchard y le puso una flor en el ojal.

—Le andaba buscando para hacerle este obsequio, señor Guerchard. Como no viene usted nunca...

El detective apenas hizo caso al viejo. Tenía otras preocupaciones más importantes.

De pronto se oyeron gritos alarmantes:

—¡Fuego, fuego!

Y se produjo en el museo una confusión enorme. Todos los visitantes huían a la desbandada. El viejo de las flores se acercó al detective.

—¿Qué pasa, señor Guerchard?

Pero éste respondió ásperamente:

—Déjeme en paz. No me moleste ahora.

El incendio se había producido realmente y la anchurosa sala empezaba a llenarse de humo.

—¡Que cierren las puertas y no salga nadie! — gritó Guerchard.

En medio del tumulto, se encontraron el detective y el prefecto.

En los ojos de éste había un interrogante que Guerchard comprendió.

—No hay nada que temer, jefe. Tuve la precaución de cambiar la pintura verdadera por una copia. El incendio ha sido provocado por los hombres de Arsène Lupin.

—¿Y el cuadro verdadero?

—Está bien seguro en la caja. Venga usted y lo verá.

Pero al abrir la caja la encontraron vacía.

—¡Ese miserable se ha salido con la suya! — exclamó el prefecto.

—No se preocupe. Está en su poder, pero como nadie ha salido de aquí, recuperaremos el cuadro y cogemos al que lo lleva.

Guerchard ordenó se redoblara la vigilancia de puertas y ventanas y dió las disposiciones oportunas para que comenzara el registro.

El viejo de las flores, gimoteando puerilmente, solicitó le registraran y le dejaran marchar.

Por quitárselo de encima, el mismo Guerchard lo cacheó y lo de-

jó en libertad. Pero entonces se dió cuenta de que cogía su cesto de flores y se dirigía a la puerta apresuradamente.

Echó a correr y lo alcanzó.

—¿Dónde va usted tan de prisa?

—¡Oh! A la calle. Usted me ha dicho que me podía marchar.

—Pero antes habremos de registrar ese cesto.

—¿Para qué? Sólo llevo flores.

—¿Flores nada más? ¿Y qué significa ese largo envoltorio que sobresale del cesto?

—Es mi almuerzo, señor Guérchard.

—Voy a tener el gusto de ver qué acostumbra almorzar—dijo el detective con ironía.

Sacó rápidamente el paquete del cesto y se quedó con el papel en la

mano, mientras por el suelo rodaba una barra de pan.

Los que presenciaban la escena no pudieron reprimir una carcajada. El viejo temblaba cada vez más asustado.

—¡Dejadlo marchar y que no lo vuelva a ver por aquí! —gritó el detective, sin poder disimular su enojo.

—¿Me permite que vaya antes al water?

—Después del susto que se ha llevado, buena falta le hace. Vaya usted adonde quiera y déjeme en paz de una vez.

El viejo se dirigió al water. Allí se encontró con el otro, el cual salió momentos después con su cesto de flores y en él un envoltorio de forma alargada, en cuyo interior estaba el famoso cuadro.

XIV

Charmerace, el viejo apócrifo, en cuyo cesto llevaba el lienzo de "La Gioconda", llegó a su casa sin sufrir el menor contratiempo, y lo dispuso todo rápidamente para que el cuadro quedara en lugar seguro, al mismo tiempo que uno de sus súbditos sacaba a la hija de Guerchard de su casa, para lo cual le dijo que su padre estaba herido. Hablaba con Sonia, jactándose de su triunfo.

—El cuadro se ha robado en las propias narices de Guerchard.

Pero ella se mostraba inquieta.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—La cárcel es horrible.

—No temas. Nunca volverás a ella.

—Pero ¿y tú? Tú nunca has es-

tado en la cárcel. Yo, sí. Y porque sé lo que es la cárcel, no quiero verte convertido en un presidiario.

—Está bien. Puesto que tú no lo quieras, no iré a la cárcel.

—¿Me prometes que no volverás a robar?

—Eso es mucho pedir para una sola vez; pero, en fin, te lo prometo.

—¿Devolverás el cuadro?

—Sí. Pero a condición de que pongan en libertad a mis amigos. Sólo para eso lo he robado.

—¿Y después?

—Cuando mis amigos estén en libertad, nos marcharemos de París y buscaremos algún bello rincón donde descansar y ser felices.

—¿De veras?

—Sí, Sonia. Desde que te cono-

ci, nada para mí vale la pena de un sacrificio. Contigo tengo bastante. Tú llenas todos los anhelos de mi vida.

Cambiaron un beso de pasión y ventura, pero, de pronto, uno de los hombres de Arsène Lupin, es decir, de Charmerace, interrumpió el idilio con esta palabra, pronunciada en son de alarma:

—¡Guerchard!

Sonia se estremeció.

Charmerace no disimuló un gesto de contrariedad.

—¡Lástima! Hemos perdido unos minutos preciosos.

—¡Han cercado la casa! —dijo el súbdito de Lupin.

Y Charmerace, concibiendo con su rapidez habitual un plan de salvación, ordenó:

—Todo el mundo a su puesto.

Cuando volvió a quedar a solas con Sonia, ordenó a ésta:

—Ponme las esposas, y oigas lo que oigas, no hables.

La joven creyó comprender el propósito de Charmerace.

—¿Lo haces para salvarme a mí?

—Sí.

—Sin ti no quiero yo la salvación.

—Es que yo me salvaré después. ¡Vamos! No pierdas tiempo.

Aun vaciló un instante Sonia, pero al fin obedeció a su amado Lupin.

Ya se oían los pasos de Guerchard cerca de la puerta. Arsène Lupin exclamó, dirigiéndose a Sonia:

—¡Traidora! ¿Estás satisfecha ahora? Te quise y te di mi confianza. Y ahora has resultado una espiá.

En este momento entró Guerchard. Se quedó un poco perplejo al ver a Charmerace esposado.

—¿De modo que le has pescado? —preguntó a Sonia—. ¡Bravo! Eres una buena muchacha. Estoy orgulloso de tí.

Contempló a Charmerace sonriendo sarcásticamente, y preguntó a Sonia:

—¿Lo ha confesado todo?

Pero Sonia no contestaba. No se atrevía a mentir. Lo único que podía hacer era no desmentir las falsedades de su amigo.

Charmerace contestó por ella:

—¿Qué más confesión que esto? Soy Arsène Lupin.
—¡Por fin! Si hubiera confesado desde el primer momento ¡cuántas molestias nos habríamos evitado los dos!

XV

—Ahora vamos a lo más importante—dijo Guérhard.

—¿Hay algo más importante para usted todavía?

—Sí. ¿Dónde está el cuadro?

—Un momento, querido Guérhard. Hablemos con calma y con orden. Sonia me ha detenido. ¿Cumplirá usted su palabra dejándola en libertad?

—¿Qué duda cabe! Cuando doy una palabra, acostumbro cumplirla.

—De ese mismo mal sufro yo... Pero vayamos al grano. Primero haremos un trato por el cuadro. Después, por mi libertad.

—No se haga ilusiones. No estoy dispuesto a hacer trato ninguno. Encontraré el cuadro aunque tenga que tirar la casa piedra por piedra.

—Me parece difícil.

—Lo cierto es que esta vez le he pescado.

—Pero el cuadro, no. ¿Comprende lo que esto significa para usted? El cuadro se lo entregó para que usted lo custodiara, y ha desaparecido. Usted ha logrado prender a Arsène Lupin, pero no ha salido evitar la pérdida de uno de los cuadros más famosos del mundo. Su

fracaso supera en mucho a su éxito.

Calló para dar tiempo a que Guérchard reflexionara sobre tan ciertos argumentos.

—Bien — exclamó de pronto Guérchard—. Me ha convencido usted de que para mí es imprescindible recuperar ese cuadro. ¿Cuánto quiere por él?

—No quiero dinero. Me basta con que deje en libertad a mis amigos.

—De modo que si dejo en libertad a sus compañeros...

—El cuadro es suyo.

—Trato hecho.

—¿Palabra?

—Palabra. ¿Dónde está el cuadro?

—Ya cruzó la frontera. Pero eso no obsta para que lo tenga usted en cuanto queden en libertad mis amigos.

Guérchard le miraba fijamente, sin saber qué partido tomar.

—Y ahora vamos a lo principal — dijo Lupin—. Mi libertad también requiere un contrato, aunque sólo sea de palabra.

—De eso ni una palabra siquiera.

—Está bien. Entonces hablemos de su hija.

—¿De mi hija? ¿Pretende usted hacerme miedo?

—Lo he conseguido. Su hija está en nuestro poder.

—¡Mentira! — exclamó Guérchard, presa de creciente inquietud.

—Eso es fácil comprobarlo. Tenemos teléfono y usted puede preguntar a la portera de su casa.

El detective telefoneó inmediatamente y pudo comprobar que las terribles palabras de Lupin eran ciertas.

Se puso fuera de sí.

—¡Canalla! ¡Miserable! — arrojó al rostro de Lupin, sin que éste se inmutara—. Pero esa estratagema criminal de poco le sirve. La casa está cercada. La encontraré.

—Póngase que podría hallarla muerta.

Guérchard se detuvo, aterrado.

—Sí — insistió Lupin—. Usted puede llamar a sus hombres y ordenarles un registro. Pero eso podría enfadar tanto a mi gente, que no quisieran entregarla viva.

El viejo policía permanecía inmóvil, atenazado por el dolor, en medio de la estancia.

Y lo que no habría hecho por na-

die, hizo por ella, por aquella hija de su corazón: suplicar a Lupin.

—¿Sería usted capaz de matar a una niña inocente?

—No. Pero piense que estamos en pie de guerra y en esas circunstancias no se repara en las armas ni en los medios.

—Pero mi pobre hija no tiene ninguna culpa de que usted y yo seamos enemigos.

—He pronunciado mi última palabra, Guerchard. Suéltame.

—No, no. Haré todo lo que usted quiera, pero eso no lo puedo hacer.

Se detuvo y añadió suplicante:

—Usted sabe que no lo puedo hacer. En cambio, usted sí que puede devolverme a mi hija. ¡Hágalo! Es todo lo que tengo en el mundo. Su madre murió cuando ella era muy pequeña. Y yo lo fui todo para ella. Mi única esperanza ha sido siempre verla feliz. ¿Comprende? Sí, usted sí que comprende, porque dentro de usted hay un corazón.

—Comprendo, Guerchard, y crea que desco ardientemente poder complacerle. Por eso le pido que me deje en libertad.

Guerchard vaciló. Con súbita decisión dijo:

—Está bien. Sonia, dame la llave de las esposas.

Y ya iba a introducirla en la minúscula cerradura cuando retrocedió cambiando repentinamente de modo de pensar.

—¡No, Charmersee, no puedo soltarlo! Soy un hombre honrado y por nada del mundo faltaré a mi deber.

—¿Ni por su hija?

—Ni por mi hija.

Un silencio solemne siguió a estas palabras.

Lupin miraba a Guerchard fijamente, con una expresión que dijérase admirativa. El detective estaba abatido, destrozado por el peso de aquel deber que le imponía el sacrificio de su hija.

Se oyó de súbito la voz de Arsène Lupin.

—Los hombres como usted, Guerchard, hacen a los demás avergonzarse de sí mismos.

Los ojos del detective se alzaron, dirigiendo a Lupin una mirada interrogadora.

—Y yo soy uno de esos hombres, Guerchard. Voy a probárselo devolviéndole a su hija.

En efecto, la mandó llamar. Se

produjo una escena emocionante. Guerchard, después de abrazar a su hija, dió fervientemente las gracias a Arsène Lupin.

XVI

Había salido Guerchard un momento para entregar a su hija a quien debía acompañarla a su casa. El deber, aquel deber tan cruel y enojoso, le había obligado a guardarse la llave de las esposas y poner un guardián a la puerta de la habitación, de modo que Lupin no podría escapar en modo alguno.

Sonia estaba triste. La sombra de una desolación infinita empañaba su mirada. Y era en vano que Lupin tratara de animarla.

—La mayor suerte de mi vida es haberte conocido. Estoy seguro de que esta felicidad que ahora se

interrumpe, se reanudará muy pronto para toda la vida.

Pero antes de que ella contestara entró Guerchard.

—Lo siento mucho, pero no tengo más remedio que llevármelo, Lupin.

El rostro de Sonia estaba pálido.

Lupin disimuló con una sonrisa su amargura.

—¡Vamos, mujer! No me dejes marchar sin una sonrisa.

Pero lo único que consiguió fué que las lágrimas nublaran los ojos de Sonia.

Momentos después, un auto con-

ducía a París a Guerchard y al detenido.

—Ahora que ya no tiene por qué ocultarlo: ¿quiere satisfacer mi curiosidad?—preguntó el detective.

—¿Por qué no?

—¿Qué pasó con las joyas de Gourney Martin?

—Las escondí en su colchón.

—La verdad es que si hubiera usted empleado su talento en otra cosa de más provecho...

Siguió haciendo preguntas y siguió Lupin contestando.

Callaron por fin y durante este silencio, Guerchard se dió a pensar en lo que podía haber ocurrido si Arsène Lupin hubiera sido el hombre perverso que todos le creían. No habría vuelto a ver al ser que más amaba en el mundo. En cambio aquel hombre magnánimo y generoso que había en Arsène Lupin le había devuelto a su hija, aun sabiendo que su rasgo iba a ser pagado con el presidio.

Dirigió a Lupin una mirada de admiración. El no lo advirtió porque iba pensativo. Iba pensando tal vez en que perdía su libertad, cuando más la necesitaba para ser feliz al lado de una mujer.

Guerchard sentía un malestar ex-

traño. Su conciencia no estaba tranquila. Quedaría bien ante los demás entregando a Arsène Lupin, pero quedaría mal ante sí mismo.

Una idea brotó de pronto en su pensamiento al ver que el auto se acercaba a un puente tendido sobre el Sena. ¡Si Arsène Lupin se cae para! ¡Si se arroja al río! ¡Si todo el mundo creyera que había muerto ahogado y él lograra salvarse!...

Dijo, de pronto, resueltamente:

—¿Ve usted ese puente?

—Sí—repuso Lupin, saliendo de su ensimismamiento.

—Pues una vez se me escapó en él un detenido, arrojándose al agua.

Hubo un silencio. En el espíritu de Lupin apuntaba la luz de la comprensión.

—Pero usted dispararía su revólver—dijo.

—Sí, pero fallé. Tengo muy mala puntería.

Y añadió lentamente:

—Tan mala puntería, que tengo la seguridad de que volvería a errar el tiro si el caso se repitiera.

Callaron. El auto rodaba ya sobre el puente. De pronto, Arsène

Lupin abrió la portezuela, saltó al suelo y después al río.

Guerchard y el chofer bajaron también. El detective empuñaba su revólver y lanzaba exclamaciones de contrariedad, de una contrariedad que estaba muy lejos de sentir.

—¡Ese perro maldito cree que todo ha de salirle bien! Ahora le diré yo cómo se caza un conejo.

Sacó el brazo por encima de la baranda, apuntó varios metros más

allá de donde flotaba el cuerpo del fugitivo y disparó.

La verdad era que tenía muy buena puntería. Por eso no hirió a Lupin.

Este, sin embargo, desapareció bajo las aguas.

—Ese ya no lo cuenta—dijo el chofer.

—Francia se ha librado definitivamente de Arsène Lupin — declaró Guerchard.

* * *

En la prefectura Guerchard se despidió de sus amigos. Después fué a visitar al prefecto.

—Ya sabe usted que he presentado la dimisión—dijo.

—En efecto, y lo siento de veras. La policía de Francia pierde

a su mejor elemento. Hemos recuperado el lienzo robado. Ha muerto Arsène Lupin. Esta casa le concederá cuanto pida.

—Sólo desco retirarme a descansar con mi hija, pues la verdad es que he fracasado.

—¿Dónde está el fracaso?

—Debí entregar a Lupin a la justicia y no lo he hecho.

Y fué inútil que el prefecto in-

sistiera en hacerlo desistir de su propósito.

Guerchard se había empeñado en retirarse y se retiró.

* * *

Una joyería de gran lujo. Ante el mostrador, Sonia y Lupin. Estaban escogiendo el anillo de boda.

El joyero los dejó solos un momento. Lupin lo aprovechó para decir al oído de Sonia:

—¿No te parece que Guerchard se alegraría mucho de verme comprando joyas? ¡Como que es la primera vez que las compro!

Pero Sonia contestó:

—Nada de aludir al pasado,

querido. Todo eso ha terminado para siempre. ¿Me lo prometes?

Y Lupin lo prometió. ¿Podría negarle algo a aquella mujer que había realizado el milagro de despertar en su alma sentimientos nobles y elevados, en otro tiempo dormidos?

Así comenzó la nueva vida Arsène Lupin, al que el amor encanizó por el camino recto.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PAPA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revisitas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará, 16.** - Madrid: **Evaristo San Miguel, 11**

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|---------------------------|-----------------------------|--------------------------|
| La vida alegre. | La actriz. | La incorregible. | La divorciada. |
| El gran Sésia. | Mister Wu. | El mazo. | Madame Satán. |
| Miguel Sanguinetti o el | Monoceros. | El zorro real. | ¿Cuánto te suicidas? |
| Correr del Mar. | El despertador. | Baja los techos de París. | Melancholia. |
| La prolección que supo | Las tres pasiones. | Wu-Chang. | El carnet amarillo. |
| amar. | La melodia del amor. | Montecarlo. | Honorado a tu madre. |
| El coche número 11. | Cristina, la holandesa. | Cambio del invierno. | En última noche. |
| Sin trécula. | Viva Madrid que es mi | Alto social. | Las alegres chicas de |
| Mica Nostrum. | huchiel. | Alcohol. | Viena. |
| Namby, el hombre que se | Sombras blancas. | La mujer que amamos. | (Viva la libertad) |
| vendía. | La copia andalusa. | Al conde de la. | Malvada. |
| Chubs. | Los osos. | La princesa se casó. | El teniente del amor. |
| El su de Montecarlo. | Jagua. | Amoroso de amor. | Quilones. |
| Vida bohemia. | El conde de Montecarlo. | El gran desfile (edición | Clima en ado. |
| Aza. | La mujer fuerte. | popular). | Amor y odio. |
| ¡Acto, juventud! | Viejos amigos. | En Harry, mi se de | Honor entre amigos. |
| El padre eterno. | El pagano de Tarró. | amici. | Para alcanzar la luna. |
| La mujer hermosa. | Estrellas dichosas. | La vida alegre (edición | El hombre que asesinó. |
| La de Ramona. | La sonda del 30. | popular). | (Kilodoy) |
| Casanova. | Este es el cielo. | Ángelos del infierno. | La casa. |
| Honor imperial. | Complicados. | Cuando y como. | El prólogo. |
| Doo Juan, el barbero | Exquisitos. | El imperio. | Milicia de paz. |
| de Sevilla. | Ornamentos salvajes. | Epoca a medida. | Amor y mercurio. |
| Noche nupcial. | El caballero. | En la casa. | Miguel Sanguinetti o el |
| El segundo cielo. | Regreso. | Hay que casar al príncipe. | Cosmo del 20 (edición |
| Heau Grac. | La máscara del diablo. | lamentación. | popular). |
| Los vencedores del fuego. | El pan nuestro de cada | El progreso de Mary | La serpiente de San |
| La historia de una | dia. | Dugan. | Quilones. |
| Reclut. | Vieja hidalga. | En esta puerta un amor. | El demonio y la carne |
| El demonio y la carne. | Pasión. | Marrucos. | (edición popular). |
| La revuelta del Libano. | Pantalla. | ¿Comer a tu mujer? | La dama misteriosa. |
| La tierra de todos. | La pecadora. | El millón. | Las claves de la Virgen. |
| Trinidad. | El loco. | El millón. | París de baile. |
| El rey de reyes. | Este es va a la guerra. | La mujer K. | Amor libre. |
| La ciudad castigada. | Los hijos de nadie. | Cento alphas. | Al Capone (Pánico en |
| Sangre y arena. | El granito de perlas. | Mar de fondo. | Chicago). |
| Amigos olímpicos. | Santa Isabel de Cerro. | La dama exótica. | El último amor. |
| El sargento Malacara. | Las dos huérfanas. | La ley del hacha. | Muchachos de uniforme. |
| El capitán Sorell. | La canción de la estela. | La fruta amarilla. | Miedo y Mujer. |
| El jardín del eden. | El parisi de un beso. | Vida trágica. | Mis Hiel. |
| La esclava mártir. | La revuelta del recuerdo. | La hora del mar. | Contra la fuerza de se- |
| Ramona. | Delirios. | Todo. | (re). |
| Dos amores. | Del mismo barco. | El pasado amor. | Carcelosa. |
| El profesor estudiante. | Retallados. | Paulo y otros largos. | Erase una vez un val. |
| Ana Karenina. | Cuando de infantería. | Trader Horn. | Homajes en mi vida. |
| El destino de la carne. | Olimpia. | Un valiente en la corte | Niña. |
| La mujer divina. | Monsieur Sans-Gêne. | del rey Arturo. | Robica. |
| Alas. | Sombras de gloria. | El código oculto. | Indeseable. |
| Cuatro hijos. | Mama. | La pura verdad. | Tarón de los muros. |
| El carnaval de Venecia. | Ladón de amor. | Maternidad o el secreto | El terror del campo. |
| El anel de la sal. | Moby (la gran parada). | la vida (fuerza de amor). | La vuelta al mundo con |
| La Gloria cita. | El valiente. | Caribé (la tragedia de | Donos Fairbanks. |
| El eximio. | De frente... marchas). | la mina). | Chica libre. |
| Amantes. | Prim. | Estudiosa. | Recien casados. |
| Martin Rouge. | El presidio. | Las perspectivas de Sisyph. | Champ (El campeón). |
| La ballarina de la Opera. | Pomera. | (Out of sight). | La sarda del jaguar. |
| Ben Ali. | El gran chamo. | El camino de la vida. | Los amores de José Mo- |
| Los cuatro diables. | Tempestad. | Noches de Viena. | lico (fuerza de amor). |
| Una, muchos, diez. | El día del mar. | Mand. | El caballero de laucha. |
| Volas. Volas. | Anno Christie. | Gran terror. | |
| La sarda política. | Señal de mis amores. | ¿Qué hay? | |
| Un cierto muchacho. | Herfentes nuevos. | Señal de mis amores. | |
| Wastel. | Ben-Hur (edición popo- | Consejos de hijo. | |
| La ruta de Singapore. | lar). | Los hijos de la calle. | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La intrigante novela

La dama del 13

Dramático asunto. Cómo una mujer defiende su honra.

Por ELISSA LANDI, NEIL HAMILTON, RALPH
BELLAMY, etc.

En preparación, los sensacionales films:

EL PECADO DE MADELON CLAUDET

por HELEN HAYES, LEWIS STONE,
MARIE PREVOST, JEAN HERSHOLT, etc.

Amor en venta

por JOAN CRAWFORD y CLARK GABLE

Coleccione la publicación ideal para muchachos

Aventuras Film

Precio: 15 céntimos

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Gran éxito
de los dos libros publicados de

José Mojica

LOS AMORES DE JOSE MOJICA

Novela de amor - Entreviú - Anécdotas - Cartas de admiradoras, etc.
8 grandes fotografías

Precio popular: **1 peseta**

y

EL CABALLERO DE LA NOCHE

Ultima película de

José Mojica

con

MONA MARIS

y **ANDRÉS DE SEGUROLA**

Precio popular: **1 peseta**

No deje de coleccionar la nueva publicación

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Asuntos selectos, escogidos entre
los mejores

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellis-
sa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO,
por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe
Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por
Mary Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por
Anny Ondra.

JAGUE AL REY, por Emile Chautard,
Pauline Giron.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un
coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPÁ POR AFICIÓN, por Warner
Baxter y Marian Nixon.

Nutrido texto - Interesantes ilus-
traciones - Lujosa presentación

Precio: 50 céntimos

¡No se deje sorprender!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. - BARCELONA